ALGUNOS ARGUMENTOS SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS

**I.- EL ARGUMENTO COSMOLÓGICO: LA CAUSA PRIMERA**

Consideremos el siguiente argumento (se llama *argumento cosmológico*): el universo o cosmos existe. Miremos a nuestro alrededor: los millones de estrellas y galaxias, el vasto ejército de los seres vivos, el panorama de la vida humana, etc. Todo ello debe haber venido de alguna parte. Algún ser debe haber producido todo esto, ¿y quién podría haberlo producido sino Dios? Enunciado brevemente: todo tiene una causa. Si esto es así, entonces el universo mismo debe tener una causa. Esa causa es Dios. Luego, Dios existe.

1.- En primer lugar, hay que aclarar que cuando decimos que algo tiene una causa nos referimos a sucesos o eventos más que a cosas sin más. Cuando decimos que una cosa tiene una causa, sería mejor decir que el que tal cosa venga a la existencia tiene una causa. Así, cuando preguntamos por la causa de una cosa, tal como un huevo, en realidad preguntamos por la causa de su llegar a ser, lo cual es un evento o suceso.

La palabra “universo” es un nombre colectivo, es decir, debemos entender el universo como una colección de cosas, la colección de todas las cosas que hay; y si preguntamos por la causa de eso parece que preguntamos por la causa que ha generado todos los sucesos del universo. Pero esto es muy confuso y no tiene sentido porque cuando explicamos las causas particulares de cada una de las cosas que componen una colección, es absurdo preguntar por la causa de todas ellas consideradas en conjunto.

Supongamos que veo un grupo de cinco esquimales que están de pie en la plaza de las Palomas de Guadix y quiero explicar por qué llegó el grupo hasta ahí. Las investigaciones revelan las siguientes historias: al esquimal número 1 no le gusta el frío de la región polar y decidió trasladarse a un clima más cálido. El número 2 es el marido del número 1 y no quiere vivir sin ella. El número tres es hijo de los esquimales 1 y 2, y es demasiado pequeño y débil para oponerse a sus padres. El número 4 vio un anuncio en televisión sobre ofertas de cuevas en Guadix y decidió trasladarse para comprarse una. El número 5 es un detective privado contratado para vigilar al número 4. Bien, supongamos que hemos explicado, en el caso de los cinco esquimales, por qué él o ella está en Guadix. Entonces, alguien pregunta: “Muy bien, pero ¿qué pasa con el grupo como un todo, por qué está el grupo en Guadix?” Es una pregunta absurda, porque no hay grupo más allá de los cinco miembros, y si hemos explicado por qué cada uno de los cinco miembros está en Guadix, hemos explicado al mismo tiempo por qué está allí el grupo.

Del mismo modo, una primera crítica del argumento cosmológico sostendría que es igual de absurdo preguntar por la causa del universo como un todo en contraposición a preguntar por las causas de las cosas –procesos- particulares que lo integran.

2. Obviemos la dificultad anterior y admitamos la pregunta “¿tiene una causa el universo como un todo?”, y supongamos que respondemos: “Dios”. Pero entonces, si admitimos que todo tiene una causa, podemos preguntar legítimamente: “¿qué causó a Dios?” El defensor del argumento cosmológico podría replicar: “no quiero decir que *todo* tenga una causa, quiero decir que todo excepto Dios tiene una causa”. A menudo se ha sugerido que la serie de causas y efectos no puede retroceder en el tiempo indefinidamente sino que debe llegar a un término. Pero, ¿por qué detenernos precisamente en este punto? Si paramos en algún punto, ¿por qué no parar en el universo mismo? Al menos eso es algo de lo que tenemos alguna experiencia y algún conocimiento. Es decir, podemos tomar simplemente como dada la existencia de Dios, como un hecho no necesitado de explicación, pero entonces podríamos hacer lo mismo, igualmente con el universo. En resumen: si todo debe tener una causa, entonces Dios debe tener la suya; y si algo puede carecer de causa, tanto puede ser el mundo como Dios, de manera que ese argumento no puede tener ninguna validez.

Pero además también puede cuestionarse la idea de que la serie de sucesos no puede retroceder hasta el infinito. En realidad, no existe ninguna razón por la que el mundo no haya podido existir sin una causa, ni, por otro lado, existe razón alguna por la que no deba haber existido siempre. Creer que debe haber habido un primer suceso, un comienzo del tiempo, es la actitud de una mente no ejercitada o a la pobreza de nuestra imaginación.

**II.- EL ARGUMENTO DE LA LEY NATURAL: EL GRAN LEGISLADOR**

Fue uno de los preferidos durante el siglo XVIII, sobre todo bajo la influencia de Newton y su cosmología. La gente observó que los planetas giran alrededor del sol gracias a la ley de la gravitación, y creían que Dios había dado órdenes a los planetas para que se movieran de esa manera determinada y por ello lo hacían así. Dios sería como el Gran Legislador de la naturaleza y las leyes naturales expresarían el plan divino. Pero esta idea de que las leyes naturales implican un legislador se debe a una confusión entre las leyes naturales y las humanas. Éstas son mandatos que te ordenan comportarte de cierta manera, órdenes a las que puedes o no obedecer. Pero las leyes naturales son una descripción de cómo las cosas se comportan de hecho, y, siendo una descripción de lo que hacen, no es posible argumentar que debe de haber alguien que les ordenó hacer eso, pues, aun suponiendo que existiera, nos encontraríamos ante la pregunta: ¿Por qué Dios promulgó precisamente esas leyes naturales y no otras? Si decimos que lo hizo simplemente por su propio placer y sin ninguna razón, nos encontramos con que hay algo que no está sometido a la ley, con lo cual se interrumpe nuestra serie de leyes naturales. Si decimos, por el contrario, que en todas las leyes establecidas por Dios existe una razón para darnos esas leyes y no otras (por ejemplo, la razón de crear el mejor universo), si las leyes que Dios nos dio tuvieran una razón, entonces el mismo Dios estaría sometido a la ley y, en consecuencia, la introducción de Dios como intermediario no nos reportaría ninguna ventaja.

**III.- EL ARGUMENTO DEL DISEÑO: EL GRAN DISEÑADOR**

En realidad puede entenderse como una versión del anterior (Dios como el Gran Legislador), pero ahora se hace hincapié en el orden , propósito o designio aparentes en la naturaleza, y más concretamente en los seres vivos, especialmente en el ser humano. Su exposición clásica se debe a un teólogo del s.XVIII, que viene a decirnos lo siguiente: si al dar un paseo nos tropezamos con una piedra no nos sentimos forzados a admitir que ha sido diseñada y fabricada, pero si nos encontramos un reloj necesariamente debemos concluir que debió tener un fabricante, que debió existir en algún momento y en algún lugar un artífice o artífices que lo construyeran con una finalidad, alguien que concibiera su construcción y diseñara su utilización de acuerdo con un fin. Pues bien, si esto es verdad para los relojes y las cosas fabricadas por el hombre, será también verdad para los seres vivos y sus partes, cuyo “diseño” es mucho más complejo y perfecto que cualquier cosa que el hombre puede llegar a fabricar. Concretamente, el teólogo en cuestión compara el ojo con un instrumento diseñado como el telescopio, para concluir que “existen exactamente las mismas pruebas de que el ojo fue hecho para la visión, como de que el telescopio fue hecho para ayudarle en su función”. Por lo tanto, el ojo debe haber tenido un diseñador, de la misma forma que lo tuvo el telescopio.

La objeción más importante que cabe plantear a este argumento es que no tenemos garantía de que el orden sea siempre resultado del designio. Algunos ejemplos de orden son efectivamente resultado del designio, como en el caso de los objetos mecánicos (relojes, herramientas, automóviles) y sabemos esto porque nosotros u otros seres humanos hemos tomado los materiales y los hemos reunido de ciertas maneras para formar objetos que podemos usar y disfrutar. El orden está ahí como resultado de mentes diseñadoras, las *nuestras*. Es decir, el orden es prueba de designio sólo en la medida en que se ha observado que tal orden resulta del designio. Y *no* se ha observado que resulte del designio el orden que encontramos en las plantas y animales.

“Pero esa es precisamente la cuestión”, responderá el defensor del argumento del diseño. “Nunca hemos visto diseñar las plantas y los animales a la manera que los arquitectos diseñan edificios y los relojeros diseñan relojes, pero debemos inferir que fueron diseñados, pues ¿de qué otro modo podríamos dar cuenta de su existencia? Del mismo modo que las piedras no se reúnen por sí mismas para formar catedrales, tampoco las partículas de materia pueden reunirse para formar organismos. Esto requiere inteligencia, y puesto que la inteligencia, en el caso de los organismos no es humana, debe ser divina”.

Este comentario suscita, sin embargo, otra objeción. ¿Qué pasa si el fenómeno en cuestión puede ser explicado sin suponer la existencia de un diseñador cósmico? Entonces no habremos refutado estrictamente la hipótesis del Gran Diseñador, pero habremos mostrado que no es requerida para dar cuenta de los hechos. Y esto es precisamente lo que hace la teoría de la evolución formulada por Darwin a mediados del s. XIX y ampliamente confirmada desde entonces hasta nuestros días. Hoy en día, la ciencia puede explicar la formación de la vida y la aparición de las distintas especies como resultado de un proceso evolutivo cuyo mecanismo se ha desentrañado en lo fundamental y que no necesita de ningún modo recurrir al designio. Basta con el azar (de las mutaciones) y el orden (mediante la selección natural), ya no se necesita de un Dios para explicar la aparición de la vida y del hombre. La naturaleza es suficiente. La ciencia nos ha enseñado a desconfiar de las analogías. La vida es más compleja que un reloj, más evolutiva, más selectiva, más creadora. Si encontráramos un reloj en un planeta inexplorado, nadie pondría en duda que es el resultado de una acción voluntaria e inteligente. Pero si encontrásemos allí una bacteria, una flor o un animal, ningún científico, ni siquiera creyente, pondría en duda que ese ser vivo sería únicamente un producto de las leyes de la naturaleza.

Por otra parte, aunque la teoría de Darwin no refuta directamente la hipótesis del designio, sí refuta la creencia en un designio benevolente, la creencia en un diseñador benevolente que cuida de sus criaturas y no les desea que sufran. Los hechos de la biología no prestan apoyo a la hipótesis de un diseñador benévolo, sino todo lo contarrio. El proceso evolutivo es una escena de continuo e interminable combate, dolor y muerte. La vida es una lucha por la existencia, en la cual muchas especies sucumben y cada individuo muere inevitablemente, muy a menudo de forma agónica, por el hambre, el frío, la enfermedad, o comido vivo por otros animales. ¿Es responsable el Gran Diseñador de tanto sufrimiento? La gente no se sentiría probablemente tan atraída por el argumento del designio si creyese que el diseñador cósmico es malévolo.

Pero hay más. Desde el punto de vista del análisis ténico del diseño de los seres vivos, resulta increíble que estos sean resultado de un Gran Diseñador omnipotente y omnisciente. No sólo hay razones para pensar que ese supuesto Gran Diseñador no es benevolente, sino tampoco inteligente, pues muchos órganos y sistemas vivos son, desde el punto de vista del diseño, chapuzas. El ejemplo favorito del teólogo que puso de moda inferir la existencia de Dios a partir del perfecto diseño de las criaturas, era el ojo de los vertebrados. Sin embargo, la organización anatómica de nuestro ojo es bastante deficiente desde el punto de vista ingenieril. Nuestra retina está situada detrás de la capa de fibras nerviosas y vasos sanguíneos que van a parar al nervio óptico. Así, las señales luminosas que activan los fotorreceptores de la retina deben atravesar inútilmente esa capa, y el nervio óptico (al estar delante y no detrás de la retina) debe abrirse paso a través de la retina para conducir el impulso nervioso hasta el cerebro. Cualquier ingeniero humano, puesto a diseñar un ojo, lo habría hecho mucho mejor. ¿Querríamos culpar a Dios por tan defectuoso diseño? Los ejemplos de organización chapucera en los sistemas vivos son innumerables. Tenemos demasiados dientes para el tamaño de nuestra mandíbula. El canal del parto en las mujeres es demasiado estrecho para un paso fácil de la cabeza del feto, de modo que miles y miles de bebés fallecen durante el parto. ¿Por qué nuestros brazos y piernas, que se usan para funciones tan diferentes, están hechos de los mismos materiales, los mismos huesos, músculos y nervios, colocados según el mismo modelo. El conducto que lleva el aire a los pulmones se cruza absurdamente en la garganta con el que lleva la comida al estómago, poniéndonos en constante peligro de ahogarnos. Los mamíferos macho tienen una temperatura interna demasiado elevada para la normal producción de espermatozoides, por lo que sus gónadas han descendido desde su ancestral posición interna a la posición externa del escroto. Lo curioso del caso es que al descender se han equivocado de camino, por lo que sus conductos se han quedado colgados de los uréteres. Aunque los testículos están muy cerca de la uretra, en la que vierten el semen, éste se ve obligado a realizar una larga expedición por un conducto innecesariamente largo y tortuoso. Hay muchos más ejemplos que muestran diseños deficientes. El asunto es que la teoría de la selección natural puede ofrecer explicaciones convincentes sobre estas chapuzas evolutivas. La evolución responde a las necesidades del organismo a través de la selección natural, no mediante un diseño óptimo, sino como si fuese con remiendos, modificando lentamente las estructuras existentes. Por el contrario, atribuir el diseño de los organismos a un Dios inteligente sería caer en la blasfemia, pues no son obras propias de seres omnipotentes y omniscientes.

**EL FENÓMENO RELIGIOSO**

Lo propio del fenómeno religioso y de la actitud religiosa reside en la creencia o la esperanza de que existe, por medio de la oración, el sacrificio, la observancia de ritos o una conducta apropiada, una relación posible entre un ser natural, el hombre, y una realidad sobrenatural, única o múltiple, Dios o los dioses, que intervienen en el destino humano, durante la vida o después de la muerte. [Existen dos interpretaciones etimológicas de la palabra”religión”: la que la hace proceder del verbo “religare” que significa religar, vincular, atar(se ha discutido si el “re” significa volver a” o intensifica la acción del verbo): Así lo propio de la religión sería la vinculación a la divinidad, a lo sobrenatural, vinculación que hay que entender como subordinación(lo natural con algo superior, lo sobrenatural). La segunda interpretación la vincula con el verbo “religere” que significa “volver a elegir” y ser religioso significaría ser escrupuloso y cuidadoso en el cumplimiento de los deberes que se imponen en el culto a los dioses (En cualquier caso ese cuidado y atención que hay que poner en las cosas de los dioses implica la relación o vinculación del primer sentido)]

Vamos a entender esa relación como una relación de tipo personal, como ocurre en las relaciones humanas, en las que las conductas de distintas personas (sus intenciones, creencias, decisiones, deseos y acciones) se influyen mutuamente. Los dioses del pensamiento arcaico son conceptualizacioes primitivas de las fuerzas cósmicas. Los grandes dioses de Mesopotamia y Egipto eran las grandes fuerzas de la naturaleza. No hacía falta fe para creer en ellos [ el sol, la luna, la lluvia, el viento, la tempestad, el tiempo, la tierra o el mar], pues era obvio que existían y que ejercían una gran influencia en cuanto sucedía. Es cierto que como no se sabía casi nada de estas fuerzas naturales, se las personalizaba de un modo arbitrario, se las imaginaba con figura humana o animal y se inventaban historias que las hacían entrar en relaciones familiares o políticas, [las psicologizaban] y les atribuían emociones o intenciones, como si fueran seres humanos.

De todas maneras, en la religiosidad primitiva (y en las religiones politeístas) el sentimiento religioso se dirige directamente a las fuerzas de la naturaleza [los dioses son patentes, se ven y se notan, son las grandes y tremendas fuerzas de la naturaleza, ante las que se adopta una actitud reverencial], quedando en un segundo plano la antropomorfización de las mismas, que por otra parte resulta indudable. Fue con la aparición del monoteísmo, con los judíos antiguos (y los crisitanos y musulmanes que les siguieron) cuando se acentuó el carácter psicológico y personal de la divinidad y se perdió su identificación con las fuerzas naturales. Dios, definitivamente, aparte de ser el creador de todo, es una entidad a la que se la puede contentar o contrariar, que se preocupa y ocupa de nosotros, a la que se puede favorecer mediante ritos y oraciones, en la que se puede influir para bien o para mal.

Otra manera de entender la religión (y así la han entendido grandes pensadores) [Buda, Spinoza, Demócrito, Einstein] es como un sentimiento de “religiosidad cósmica”, que brota espontáneamente al intentar comprender el universo y cuyo misterio inspira nuestra admiración y nos empuja a identificarnos emocionalmente con él. Leamos unas palabras de Einstein al respecto:

*“No puedo concebir a un Dios que premia o castiga a sus criaturas o que posee una voluntad como la nuestra. Tampoco puedo concebir a un individuo que sobrevive a su muerte física...[pero sí puedo sentir] la futilidad de los deseos y fines humanos [Einstein atribuía a esa religión una fuerza liberadora: “por medio del entendimiento se alcanza una emancipación de los grilletes de esperanzas y deseos personales y con ello se consigue una actitud mental humilde”, es decir nos sireve para superar nuestras tendencias egocéntricas], y el orden sublime y maravilloso que se revela en la naturaleza y en el mundo del pensamiento... [y también desear] “experimentar el universo como un todo único y lleno de significado”.*

No hay ninguna oposición entre esa religiosidad cósmica y la ciencia, y con frecuencia van de la mano. Pero no es a esa religión a la que nos vamos a referir en adelante, sino a la que destaca el carácter personal de Dios, al pensamiento conocido como teísmo. Según esta doctrina, Dios es una persona que, además de crear el mundo, también lo gobierna. Es un ser eterno, espiritual y trascendente, creador e increado, del que todo depende y no depende de nada, poderoso, justo y sabio, un ser que nos escucha y al que podemos rezar, y que nos exige y al que debemos obedecer, aunque la verdad que de Él procede (la verdad revelada) es inalcanzable por la razón natural humana

La fuente original característica de la religión no es la experiencia ni la investigación de ningún individuo, sino una *revelación* primigenia, una manifestación divina que a veces se transmite por tradición y en otras ocasiones favorece a algún santo fundador, la cual queda recogida en leyendas orales o en un canon de sagradas escrituras[Biblia, Corán, Torá]. En la mayoría de los casos, esa revelación es administrada y perpetuamente reacomodada por un cuerpo de especialistas en lo sacro que se convierten en inevitables mediadores entre lo sobrenatural y los simples mortales.

La creencia religiosa puede considerarse bajo cuatro luces distintas:

1.-como una verdad fáctica. No hay argumentos racionales suficientes a favor del teísmo: la existencia de una persona sin cuerpo, eterna, que está en todas partes, creadora de toda realidad, ominpotente, omnisciente y sumamente bondadosa. No hay evidencia probatoria suficiente para tragarse enormidad semejante. Estas creencias chocan frontalmente con todas las pautas de verificación que utilizamos para aceptar certezas en cualquier otro de los campos del conocimiento. Una actitud que se pretende respetuosa con la creencia religiosa es el agnosticismo: “no podemos saber, somos incapaces de fundar el sí o el no”. Pero es una postura inconsistente, pues o bien incurrimos en un escepticismo absoluto (declaramos no saber nada sobre nada), lo cual resulta desmentido por las estrategias y destrezas que acatamos en nuestra vida cotidiana, o debemos aceptar el mismo uso, relativo y sometido a examen, pero inequívoco de “verdad” o “falsedad” también en cuestiones religiosas. Pero es que además, en la mayoría de las religiones (desde luego en las tres grandes religiones monoteístas), el problema no estriba en que yo no pueda saber si existe o no existe, sino en que ni siquiera resulta comprensible qué es lo que ha de existir o no (Dios es, por definición, lo incognoscible). No es que no sepamos, sino que no sabemos qué es lo que deberíamos saber. De la ignorancia no puede derivarse un derecho a creer en algo.

Resulta, por tanto, sorprendente que muchas personas razonables puedan ser también creyentes teístas. Pero es que las personas razonables lo son sólo a ratos y no faltan condicionamientos psicológicos y sociales que hacen comprensible la fe o al menos la profesión de fe.

2.-como un sentimiento. Los creyentes aseguran que no es la razón ni la experiencia quienes pueden comprobar la verdad de la religión: es el sentimiento, una especie de intuición (también de origen sobrenatural, una gracia de Dios) que percibe la autenticidad oculta de lo divino. Pero también ese intuicionismo sentimental puede ser explicado sin recurrir a ninguna forma de trascendencia. El análisis del sentimiento religioso lo descubre provocado por el desamparo humano, por la certeza de la muerte, por las contrariedades de la existencia y la brevedad del tiempo que duramos en este mundo.

“En el hombre primitivo es el miedo lo que despierta emociones religiosas. En este estadio, la mente humana crea seres ilusorios más o menos análogos a ella misma y de cuyos deseos y acciones dependen las cosas que nos aterrorizan. Uno trata de ganarse el favor de estos seres” (Einstein).

La ilusión consiste en creer que algo es verdadero porque se desea intensamente. Las creencias religiosas son ilusiones, es decir, creencias derivadas no de nuestro saber, sino de nuestros deseos: de nuestro anhelo de vida inacabable e invulnerable, de nuestro afán de felicidad, de nuestro interés en que las culpas sean catigadas y los méritos recompensados mejor de lo que asegura la incierta justicia humana.

“Donde no percibas ningún lamento sobre la mortalidad y sobre la condición de miseria del hombre, tampoco sentirás ningún canto en loor de los dioses inmortales y felices”, decía Feuerbach. El sentimiento religioso responde a ese deseo profundo de aliviarnos o rescatarnos de los miedos, temores y sufrimientos humanos mediante el señuelo de la creencia en un Dios y un Reino Prometido que colman nuestros deseos de inmortalidad, felicidad y paz.

3.- como un factor de cohesión social. El sentimiento religioso, además de desempeñar un papel en el consuelo humano, ha demostrado también a lo largo de los siglos su importancia para cohesionar comunidades, inspirando comportamientos morales aceptables, reforzando sobrenaturalmente el debido respeto a las leyes civiles o despertando la inquietud revolucionaria capaz de cambiarlas por otras más justas. El impulso religioso que nos traslada hacia un mundo sagrado en el que depositamos nuestras esperanzas e ilusiones de inmortalidad tiene su repercusión en nuestro mundo profano, pues también sirve para sacralizar las virtudes más elogiables (sinceridad, compasión, fervor patriótico, responsabilidad, generosidad...), los gestos humanos más vital y socialmente intensos (amor, paternidad, capacidad para la caza y la guerra, coraje, inventiva, sabiduría...) e incluso las instituciones sociales más necesarias (tribunales de justicia, autoridad, etc.). Es decir, al revestir de poder y dignidad todos esos ideales (para acorazarlos frente a la zapa del tiempo y de la muerte) estimula la adhesión a los principales valores sociales y actúa como un factor de consolidación y cohesión social. Y así como puede estimular la adhesión a los principales valores que organizan nuestra convivencia, así también la rebeldía frente a los mismos y la búsqueda de un mundo mejor. Sea para conservar unida y pujante la comunidad o sea para transformarla, la religión es un catalizador social que no *puede* ser menospreciado ni fácilmente sustituido, pero estrictamente sus efectos serían parecidos a los de las leyendas épicas nacionales, la música militar o las promesas publicitarias de los anuncios.

Sea para mantener el orden o sea para subvertirlo, todas las religiones han obtenido su relevante influencia social de la *fe* y la *obediencia*  que inculcan en sus creyentes. Ambas cualidades chocan frontalmente con las exigencias básicas de la razón y de la democracia moderna, pues ambas impiden la indagación personal, la experimentación, la crítica racional de las convicciones establecidas y el debate público por medio del cual cada participante puede obtener sus propias conclusiones. Por otra parte, las promesas de emancipación humana que se hallan en las profecías religiosas pueden también ser asumidas como parte de proyectos racionales compartidos, y ello sin necesidad de renunciar a nuestra razón y humillar nuestra dignidad intelectual. ¿Para qué entonces necesitamos un Dios?

Nada de lo dicho excluye que algunas personas obtengan de sus creencias religiosas consuelo en los pesares, estímulo para llevar a cabo actos de suprema generosidad, y fuerza para aumentar su contenido vital. No son cosas malas esas. También son creencias religiosas las que conducen a muchas otras personas al dogmatismo más cerril y al fanatismo más cruel y sanguinario. Ocurre con la religión lo que pasa con el vino. Hay quien tiene “buen vino” y los hay que tienen “mal vino”. Con la religión, lo mismo: hay a quien le sienta bien y a quien puede destruirle. Y lo mismo que es un puritanismo dictatorial privar de vino a todos con el pretexto de que el alcoholismo es peligroso y la austera sobriedad siempre beneficia, sería también imperdonable condenar cualquier sentimiento religioso en nombre de la sobriedad de la razón y para prevenir los delirios persecutorios de algunos fanáticos.

4.-como algo importante en el sentido en que lo son las grandes creaciones de la imaginación humana. Las creencias religiosas tendrían el mismo interés que las grandes obras artísticas, especialmente las literarias, que forman parte de nuestro acervo cultural (los libros sagrados de las grandes religiones,la mitología clásica y las innumerables leyendas religiosas tradicionales tendrían un interés del mismo tipo que, por ejemplo, la obra de Shakespeare) . Es cierto que muchas narraciones religiosas constituyen, al igual que la literatura, también una vía de acceso a nosotros mismos, a lo más íntimo de nuestro enigma. Hay sin embargo una importante diferencia entre literatura y religión. Los personajes literarios no están ligados a rituales, ni a iglesias, ni a creyentes que acepten con literalidad su existencia. Ni el goce literario está vinculado a la fe y obediencia como lo están en la religión. Las variaciones más o menos logradas sobre Hamlet, Fausto o Don Quijote pueden impacientar a veces a los puristas, pero no son consideradas como blasfemias o sacrilegios, ni desembocan en persecuciones, ni tampoco sirven para reforzar el papel político de ninguna secta.